

FIESTA FIN DE CURSO



1941-1942

G-F 10139

Este folleto ha sido editado graciosamente por nuestra Diputación Provincial, a quien tributamos la expresión del más hondo reconocimiento.

El importe de la venta de este folleto (3 pesetas), se destina íntegro al Pabellón de niños tuberculosos de la Facultad de Medicina.

DGCL

A

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

FIESTA

DE FIN DE CURSO

1941-42

C. 1206859

t. 129626

VALLADOLID.—IMPRESA PROVINCIAL



R. 125889

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

FIESTA DE FIN DE CURSO

1941-42

Numerosos fueron los actos con los que la Universidad quiso despedir el curso 1941-42. El rectorado de la Universidad vallisoletana, en íntima colaboración con el elemento escolar, representado por el S. E. U., organizó para el día 30 de Mayo de 1942 una fiesta de fin de curso como broche magnífico a las múltiples actividades desarrolladas por la Universidad durante el presente curso.

La fiesta, que comprendió tres partes bien marcadas, una religiosa, otra académica y una tercera, que podríamos llamar de humor y donosura, resultó en extremo brillante y cordial, reinando en todo momento la más pura y sana camaradería.

MISA EN EL COLEGIO UNIVERSITARIO DE SANTA CRUZ

A las diez de la mañana, y con asistencia de autoridades, claustro de profesores y numerosos estudiantes, don Alberto Valverde, capellán de la Universidad, ofició una misa de acción de gracias, que tuvo lugar en la capilla universitaria.

Al final de la ceremonia religiosa los Coros Universitarios, dirigidos por don Julián García Blanco y reforzados con elementos de la capilla de la Catedral, cantaron el solemne Te Deum, que fué escuchado con unido recogimiento y elevado fervor.

ACTO ACADÉMICO EN LA UNIVERSIDAD

A continuación, en el Salón de actos de la Universidad, se celebró el acto académico de clausura del curso, sesión grave, llena de significación, pero desvestida de todo tono doctoral. En ella, las distintas Facultades, por boca de sus alumnos delegados de curso, señalaron brevemente la labor realizada y las actividades que en el próximo curso podrían llevarse a la práctica. Por Filosofía y Letras habló Guillermo Herrero; por Derecho, Carlos Miguel; por Medicina, Eloy Rodríguez, y por Ciencias, Angel Tobalina.

Hizo uso de la palabra, a continuación, el presidente de la Academia de internos, Enrique Romero, quien también expuso brevemente la labor grande que en el curso 1941-42 desarrolló la Academia de internos.

Ocupó luego la tribuna el director de la revista "Clínica", Dimas Romero Vázquez, quien con sentidas palabras se despidió de los que hasta ahora fueron sus compañeros de internado. Señaló el incremento e importancia que poco a poco ha ido adquiriendo la revista y marcó los derroteros que a su entender deben guiar a "Clínica". Acto seguido, y por mano del Excmo. señor rector de la Universidad, se hizo entrega de sus títulos a los nuevos alumnos internos y se dió lectura al resultado del concurso de trabajos organizado por "Clínica".

Tras ello, el secretario de la Asociación Universitaria, señor Rivera Manescau, leyó las bases para los premios que ofrecen el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, el Colegio de Médicos, la Asociación Universitaria y el rector de la Universidad, todos ellos de estímulo para el estudioso de las distintas Facultades, y que brindan una labor agradable y útil para estos meses veraniegos.

Seguidamente después hacen uso de la palabra, por el S. E. U., el jefe del Distrito Universitario José Manuel Pardo, que se refiere a la labor realizada por la Juventud de la Falange dentro de la Universidad y dedica un

recuerdo a los que cayeron en los campos de batalla y no pueden estar aquí en este acto que precisamente señala la salida de las aulas universitarias de los últimos fundadores del Sindicato; Sabino Alonso Fueyo, delegado provincial de Prensa y profesor de la Universidad, quien en representación del jefe provincial del Movimiento señala el significado de los premios donados por la Jefatura de Falange y dice en frase de Melchor Cano, cómo para vencer al enemigo hay que poseer la potencia técnica y a fuerza científica, siendo labor de la Falange el hermanar la alta cultura con la clase popular; el doctor Gavilán, presidente del Colegio de Médicos, que se dirige a los que terminan ahora sus estudios de Medicina; el presidente de la Asociación Universitaria, don Blas Sierra, fiscal superior de la Vivienda, que se extiende sobre la labor que ha de desempeñar la Asociación Universitaria como lazo permanente entre la Universidad y los que de ella salen, leyendo a continuación las cuartillas que don Santiago R. Monsalve había escrito para este acto, como vicepresidente de la Asociación, y al que no pudo asistir.

Finalmente, el señor rector de la Universidad, don Cayetano de Mergelina, despide a los alumnos que terminan su carrera y agradece a todos, profesores y alumnos, la cooperación en la labor y trabajos del curso que termina.

Se dió por terminado el acto cantándose el himno de Falange, que resuena litúrgico entre los muros severos y claustrales. La solemne sesión académica fué presidida, junto con el señor rector de la Universidad, por el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento; presidente de la Diputación, señor Rodríguez F. Vila; fiscal superior de la Vivienda; jefe del Distrito del S. E. U. y decanos de las respectivas Facultades.

EN EL COLEGIO MAYOR UNIVERSITARIO DE SANTA CRUZ

A las seis de la tarde, en el patio del Colegio Universitario de Santa Cruz, se llevó a cabo una fiesta suma-

mente simpática y agradable, en la que fué elegida, por votación, reina de los licenciados, la bella y distinguida señorita alumna de Filosofía y Letras, Rosario Fernández Fidalgo, que, acompañada de sus damas de honor señoritas Leonor Oleaga Echeverría, por Derecho; Carmen Rivas Llorente, por Medicina; Angelines Olagorta Portillo, por Ciencias, y Pilar Alejo Sierra, por Filosofía y Letras, presidió el festival que organizaban los alumnos del último curso de las cuatro Facultades. Una medalla conmemorativa, la banda de reina y flores y bombones fueron los obsequios a la reina y sus damas.

Acto seguido el joven y ya genial pianista Antonio Iglesias, discípulo de Cúbiles, deleitó a la selecta concurrencia con la interpretación de varios números de música escogida. Precedió al concierto una intervención del maestro vallisoletano Félix Antonio, que en breves pero elocuentes palabras habló de la música y de lo que el piano representa "confidente de todo músico" y hace la presentación de Antonio Iglesias, primer premio del Conservatorio, que hace un año obtuvo ya en el Teatro Calderón, de nuestra ciudad, un gran triunfo. Ahora mismo — dice — oiréis a Antonio Iglesias desgranar perlas en la sonata de Scarlatti, bordar mil arabescos y articular ritmos preciosos en Falla y List, y, además, y sobre todo, emocionarse en la decantación melódica de Schubert y Chopín.

Y, efectivamente, el triunfo del joven Iglesias, en la ejecución maestra del citado programa, fué enorme, subrayando, más que con las salvas atronadoras de los aplausos a la terminación de cada pieza, con el silencio emocionante y tenso con que fué escuchado. El arte del joven músico quedará por mucho tiempo prendido en los Arcos claustrales del Colegio Mayor de Santa Cruz.

Como fondo de la agradable reunión, llena de sano humor y gracejo típico de los estudiantes, cada Facultad improvisó un número de gracia, que consistió: por Filosofía y Letras, en la representación de una parodia de drama feudal; por Derecho, en un recital de poesías jocosas, a cargo de Manuel A. Alcalde, muy celebrado

y verdaderamente ocurrente; por Medicina, en la intervención de los coros Asturianos, que interpretaron diversas canciones de la tierra, y por Ciencias, en una adivinanza plástica, de feliz concepción dentro de la sorpresa.

Tuvo lugar luego un curioso concurso entre las cuatro Facultades, dándose lectura por un representante de cada una de ellas a unas cuartillas sobre "cómo debe ser la mujer", concurso que fué fallado por la reina y su corte. Después de las intervenciones de Medicina (Arturo Alvarez), Derecho (Alonso Alcalde), Ciencias (Juan Mateo) y Filosofía y Letras (Rafael Payo), se concedió la copa al trabajo pleno de vis cómica y humor que leyó Alvarez Builla, representante de la Facultad de Medicina.

En uno de los intermedios, el estudiante de Medicina Antonio Villar cantó con gran estilo y voz varias canciones que fueron premiadas con reiteradas ovaciones.

Finalmente, todos los concurrentes, entre los que se encontraban autoridades, catedráticos, alumnos y, entre éstos, numerosas y distinguidas señoritas de las distintas Facultades, pasaron a merendar a los jardines del Colegio admirablemente dispuestos.

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

AL EXCMO. SEÑOR RECTOR,
INFATIGABLE ARQUEÓLOGO

En un famoso castillo
de un estado medieval,
reinaba un señor feudal,
un señor de horca y cuchillo...
un si es o no es animal.
Era de suyo valiente,
pero tan bárbaro y fiero,
que al más pequeño incidente
le cortaba el pelo al cero
a todo bicho viviente.
El vasallo le temía
y su presencia esquivaba,
que los cascos abollaba
y las cotas deslucía
cada vez que estornudaba.
Gruñían los cortesanos
planeando conspiraciones;
mas sus buenas intenciones
se quedaban en... los planos,
pues sabían que en ocasiones
no se cansaban sus manos
de repartir bofetones.
Tenía el señor ganadas
cien guerras y algunas más,
que en peleas y agarradas
fué aquel bruto siempre un as
de espadas... y bofetadas.
Pero entre aquellas batallas

ganó una batalla un día,
que le dió tal nombradía
que aún se habla de las agallas
que tuvo ante las murallas
del Marqués de Nosería.
En aquella señalada
batalla, además de gloria,
ganó su famosa espada
de tan dichosa memoria
que no lo sabe la historia
porque nunca sabe nada.
Era el espadón más feo
que ha servido de trofeo
a un guerrero medieval.
Pero aquel señor feudal
no era artista, según creo,
y sólo vió que valiera
para la guerra, porque ése
su entretenimiento era;
sólo quiso que sirviese
para abrirle la sesera
al primero que viniese.
Y porque la victoriosa
espada que conquistó
tuviese fama gloriosa,
en su hoja fiera grabó
esta leyenda famosa:
«Nadie más bruto que yo».
¡Y fué acertada la cosa!

Con la honra tan bien ganada,
fué el señor feudal viviendo
y envejeció... envejeciendo,
sin que le pasara nada
de lo que estáis suponiendo,
que era el famoso castillo
bien temido y bien honrado,
como un palacio encantado
que el señor de horca y cuchillo
tenía realquilado.

Pasó un día y otro día;
un mes y otro mes pasó,
y el señor feudal seguía
reinando como empezó,
porque nadie le tosía.
Y así, orgulloso y temido,
se murió el señor feudal,
ni humillado ni vencido,
aunque un poco arrepentido
de haber hecho el animal.

Fueron los años pasando;
y aquel famoso castillo,
por no se qué de un piquillo
que al morir dejó colgando
el señor de horca y cuchillo,
le fueron hipotecando.
Y entre deudas, hipotecas
y siglos que iban pasando...
¡ay!, me lo fueron dejando
como a las gallinas cluecas,
sin pluma y cacareando.

Cayó el tiempo sobre aquel
castillo altivo y valiente,
y así llegó al siglo veinte
hecho unas ruinas todo él...
Y un arqueólogo eminente
juró que en aquel lugar
Colón fué a sacarse un diente
antes de darse a la mar.

Pero, entretanto, ¿y la espada?...
Pues allí quedó enterrada,
y otro sabio — todavía
más sabio — la encontró un día
ya un poquito constipada
porque la tierra era fría.
Y lo primero que vió
fué la leyenda famosa

que emocionado leyó,
aunque estaba algo borrosa:
«Nadie más bruto que yo».
Y con la voz alterada,
se siguió a sí mismo hablando:
¡Oh tarde bien empleada!
¿Estoy despierto o soñando?
¡Toda mi vida buscando
la espada de Bruto, y nada,
por más que andaba indagando
no aparecía la espada!
Y donde menos creí yo
encontrarla, apareció...
Y, pues ahí escrito está,
«Nadie más bruto que yo»
ninguno en duda pondrá
que fué Bruto el que la usó
al matar a su papá.

Y dicho y hecho: el trofeo
de memoria tan felice
yace hoy en un museo
con un letrero que dice:
«Espada con que mató
Bruto a César. Lo confirma,
sin dejar duda, la firma
que puesta en la hoja dejó.
Pues si no nos es infiel
el recuerdo o la memoria,
no existe en toda la historia
nadie más Bruto que él».

Y aquí acaba el trovador
con la historia comenzada
del museo, de la espada,
del castillo y del señor.

M. A.

FÓRMULA PARA NO DORMIRSE EN CIEN MAYOS

¿Qué sería de vosotros,
los que compráis en Mayo el texto fiero,
los que decís en bromas en Febrero
que hay que irse decidiendo ya a empezar?
¿Qué sería de tí, pobre estudiante,
si no hubiera un potingue que tomar
y quedarse estudiando tan campante
cien noches sin parar?...

¿Cómo íbamos a ver noches y noches,
estudiantes en mangas de camisa,
libros amontonados,
cigarros apagados,
pasar hojas de prisa,
mientras crece la barba sin cesar,
y de pronto escuchar
una frase cargada de emociones:
¡Me faltan diez lecciones!
¡No hay modo de aprobar!

Ver llegar la mañana lentamente,
sin que se hayan dormido y que la vean
sin dejar de estudiar, y de repente
que se oiga otra frase diferente:
¡Ya no tiene remedio! ¡Me catean!...
Y que será verdad, probablemente.

Se ha buscado con bárbara insistencia,
a través de los siglos, sin hallarle,
un producto de tal *polivalencia*,
que con sólo tomarle
se pudieran pasar tranquilamente

cien noches sin dormir, y hasta el presente
no había habido modo de encontrarle.
Pero un sabio eminente
con carbonos de más bajo la testa,
después de estudiar mucho, de repente,
ha dado con la fórmula, que es esta:

«Se toman tres valencias —y es bastante—
de veintidós y veintitrés de Mayo
y en un tubo de ensayo
se las junta con miedo de estudiante.
Se las añade sangre de patrona,
pero muy lentamente, gota a gota,
con muchísimo tiento,
porque la sangre de patrona explota
al menor movimiento.
Se echan después valencias
químicamente puras
de medicina, de derecho y ciencias
y otro poquito de literaturas.
En el tubo de ensayo
se agita todo bien en un mechero
que hay que encender precisamente en mayo...
y por dosis tomáis dos vasos llenos,
y os aseguro que estudiáis de noche
hasta que os examinen, por lo menos...

M. A.

A LOS ABOGADOS RECIENTES

Estaréis contentos, ¿eh?
porque ahora ya podemos
ser los amos
de una peña de café.
Que hemos llegado a tener
títulos de licenciado,
que es ya, después de abogado,
lo más que se puede ser
para lograr obtener
el grado
de tranviario, empleado
o taxista de alquiler.

Hemos aprendido cosas
difíciles y graciosas...
Por ejemplo
pues... que al robo de un millón
se le llama distracción
y al de un duro, robo a secas.
Que al prestar cuatro pesetas
y olvidarse de pedir las,
le llamamos prescripción.
Que al dejar un libro un rato
a un compañero empollón
se le llama comodato.
Que por aproximación
el que un cigarro le preste
—ya véis que no es cosa grave—
va a asustársenos si sabe
que es el nombrecito este
de los menos asequibles:
Mutuo de cosas fungibles...
Un nombre así es un apuro
para un acto tan sencillo.

Si fuera al menos un puro,
¡pero un simple cigarrillo!

Además, también sabemos
que al que tiene la cabeza
en figura de pepino
o un poquito... regular,
es ladrón y es asesino
y que aunque se lo llamemos
no se puede molestar.

Que el simple hecho indiferente
de beber en una fuente
es un público derecho:
«Publicum jus», eminente.
Que si os hacen un chichón
y váis a llamar a un guardia
ejercitáis una acción.

En fin: que hemos estudiado
y hemos leído bastantes
libros y que hemos sudado
para no ser ignorantes;
y ahora, si un pobre sujeto,
que para salir de apuros
ha robado cinco duros,
quiere que le defendamos,
por sacarlo de estampía
le echaremos al colete
treinta y un años y un día.

Y a pesar de todo, afirmo,
afirmo, firmo y confirmo,
que no hay —y no lo olvidad—
en nuestra Universidad
compañeros más atados
por los lazos de amistad
que estos once licenciados.
¡Bravo por los abogados!
¡Viva nuestra Facultad!

M. A.

LA MUJER VISTA POR LOS MÉDICOS

¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

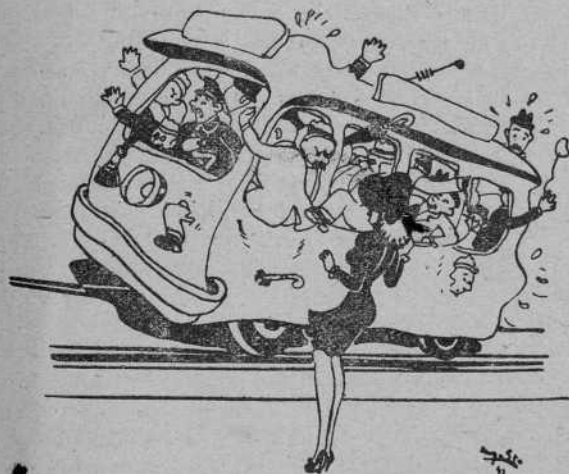
Este es el tema impuesto para el concurso en el que toman parte todas las facultades, y mi modesta persona les dirige a ustedes la palabra en nombre de los alumnos de último curso de la Facultad de Medicina.

Como miembro desde estas horas de la clase médica, encargada de velar por la salud de la humanidad, no he de enfocar el tema de una manera subjetiva, a modo del contemplador del arte, o de una forma jurídica, como corresponde a los jurisconsultos; voy a tratar de la mujer como ente patológico, ya que no es momento aún de definir su concepto, porque ¿qué es la mujer?; si no nos lo preguntan, todos la distinguimos al momento; nunca hemos confundido, por ejemplo, una mujer con una pianola; mas preguntándonoslo a nosotros mismos nos quedamos perplejos, ya que no sabemos si la mujer es un accidente cósmico que revoluciona a todo lo que a su alrededor existe, o un agente catalítico que activa todas las reacciones, o una enfermedad, o simplemente un agente productor de enfermedades, tesis esta última que pretenderemos demostrar a lo largo de nuestra disertación.

filogénica Desde un punto de vista filogénico la mujer se reduciría a un secuestro, ya que no debemos olvidar que procede de un trozo de costilla; sin embargo, actualmente, por la evolución de la especie y mutaciones biológicas, se han transformado por completo y solamente casos excepcionales conservan por atavismo el carácter y la condición de huesos.

Pero dejando aparte toda cuestión de tipo antropológico, mitológico, histórico, etc., que pudiéramos considerar, vamos a entrar de lleno en el tema, comenzando

con establecer el concepto que después de detenidos y concienzudos estudios, experimentos, etc., hemos sacado de la mujer y de lo que significa en la vida del hombre. A este respecto, la mujer es un concepto vago, muy vago (no hay quien las haga trabajar), y ya hemos dicho que nuestra tesis es la de que se trata de un peligroso agente patógeno. Ahora bien, ¿qué clase de agente es?, ¿es una bacteria?, ¿es un virus?, ¿es una rickettsia? Para nosotros es un virus infiltrante, y nos basamos en



varios hechos que se pueden observar en la vida diaria: fijaos, por ejemplo, en una mujer que entra en una iglesia, podrá estar ésta abarrotada, no habrá sitio ni siquiera para un alfiler y veréis que con la mayor facilidad se infiltra rápidamente hasta el presbiterio; en un tranvía ocurre exactamente lo mismo por un mecanismo que sólo ella conoce y que no nos podemos explicar, ya que atraviesa una serie de filtros, no porosos precisamente, aunque por osos bien merecemos la tomadura de pelo. Por otra parte la curiosidad femenina es de todos conocida y no merece la pena que nos detengamos en ello.

Queda, pues, bien sentado que es un virus infiltrante, cuyos caracteres vamos a precisar. Es un virus extendido por toda la faz del mundo; los negros de Uganda pueden librarse de la picadura de la mosca Tsé-Tsé que les transmite la enfermedad del sueño, pero no pueden evitar el que les quite el sueño una Ché-Ché cualquiera.

En medios de cultivo es muy exigente, sobre todo en meriendas y vermouht, tapas, etc. Es muy resistente a los agentes exteriores, gracias a que en el invierno se recubre de magníficas pieles de otros animales, y el que no resiste es el hombre, que paga las cuentas.

Respecto a los medios de coloración son múltiples y sirven «desde el agua oxigenada que el sol indio tornasola hasta el más variado aceite que su cutis acharola» (D'Anunzio) (para más detalles consúltense prospectos de la casa VASCONCEL, Peligros, 12, Madrid).

La virulencia es muy variable, desde las hipervirulentas, vulgo vampirasas, pensemos en la Greta, Marlene... y otra que yo me sé, hasta las formas inofensivas, de las que se dice que son más inocentes que un cubo.

Es un virus antrotopo, es decir, solamente ataca al hombre, ¿y qué enfermedad le produce? El Amor, terrible dolencia universalmente extendida que no respeta a ninguna edad ni a ninguna clase social. El amor es, pues, una enfermedad infecto-contagiosa, con un marcado carácter estacional, ya que los atacados son más numerosos en primavera.

Entre las causas que favorecen el contagio citaremos en primer lugar el cine, los accidentes ferroviarios, en los que en realidad el que descarrila es el hombre, las giras campestres, fines de carrera, exposición de orlas (ojo, mucho visor). Favorecen asimismo la infección la palidez argentea de la luna en el cielo tachonado de estrellas de una serena noche primaveral en la que se oyen en la lejanía los acordes cadenciosos de melodías románticas arrancadas de «esos pianos que yo adoro, de polvo encanecidos, que dejó para siempre alguna sombra abiertos, do en las horas de insomnio

las manos de mis muertos tocan para mí solo nocturnos nunca oídos». Becquer, Golondrinas que vuelven; Rubén Darío, Arroyo claro, Fuente serena..., etcétera; Chopín, estocadas de Frascuelo; Pérez y Pérez, cocido asegurado y título de licenciado.

Estudiemos someramente la sintomatología del infectado por el virus «mulieris». La infección tiene un período de incubación muy variable y muy rico en síntomas. El infectado comienza por pasear la calle, pagar meriendas, invitar al cine, aperitivos con sus correspondientes tapas. Si la virulencia del virus se extrema, se pueden producir casos de suicidio.

El período de la enfermedad comienza bruscamente con la declaración, y el cuadro clínico es proteiforme, por lo que describiremos para abreviar los principales síntomas o síntomas pilares por parte de los distintos aparatos:

En aparato digestivo se presenta falta de apetito, pues todo se lo come la voracidad del virus. En sistema nervioso, alucinaciones, espejismos, pérdida de la voluntad, y en los casos graves, ceguera e idiotez. En aparato circulatorio, palpitaciones, arritmias, etc., ya que de las vísceras situadas en el lado izquierdo, la más atacada es la cardíaca, siendo la cartera la que más padece en el lado derecho, que presenta lesiones de atrofia aguda exvacuo. A esto se agrega, pero no es constante, aunque sí frecuente, la pérdida de peso y la llamada fiebre amorosa, perfectamente descrita por los clásicos.

Respecto a las complicaciones la más grave de todas es la asociación microbiana del virus «mulieris» con el «micrococcus socræ suegræ». Otra complicación, también de mal pronóstico, es la marcha nupcial, sea de Mendelsson o de Wagner, signo ominoso que suele ser el preludio de la marcha fúnebre de Chopín.

El pronóstico es grave, sobre todo en las formas agudas. Las crónicas son de evolución lenta, pero fatal.

Respecto al tratamiento, en otras épocas ha dado resultado el alcohol en grandes dosis; pero en la actualidad, no es eficaz por haberse habituado el virus al

medicamento. Las sulfamidas se han ensayado sin éxito. Por lo tanto, en el estado actual de nuestros conocimientos esta enfermedad carece de tratamiento, motivo en que nos basamos para aconsejar la profilaxis. Pero ésta es muy difícil, pues es un virus engañoso y además ¡sois muy guapas!

En resumen, hemos dicho lo que es la mujer y lo que significa en la vida del hombre, y como el tema nos exigía que respondiésemos a la pregunta de cómo debe ser la mujer, contestamos que tal y como es, pues no olvidar, bellísimas señoritas del Jurado, que os estoy hablando como médico y que de nosotros se dice que se debe de hacer lo que hagamos y no lo que digamos, y a pesar de nuestras teorías casi todos estamos infectados.

A. Buylla.

LA MUJER VISTA POR LOS QUÍMICOS

Corresponde ahora hablar de vuestra belleza a un químico. Nadie con más conocimiento de causa que nosotros puede hablar de esta cuestión, pues a un químico puede definírsele como «un fabricante de belleza».

Sin duda vuestros profesores, gentilísimas alumnas



de la Facultad de Historia, si fuesen preguntados acerca de la Belleza, os hablarían de Grecia, de Apolo, de Venus, de Afrodita..... ¡Cuentos, cuentos! Hoy la belleza es Química, y no me atrevo a decir que la Química es Belleza porque, la verdad, os confesaré en secreto que es un poquito pesada.

En demostración de mi aserto cojamos (valga la frase) a una linda muchachita de hoy día y sometámosla a un detallado análisis con arreglo a los clásicos procedimientos que tan bien nos han enseñado.

El conjunto armonioso de sus líneas, su distinción, puede ser obra de sus padres en colaboración más o menos íntima con modistos y zapateros, ¡aun de estos horrendos zapateros modernos!, pero lo demás..... QUÍMICA.

Veamos si no. ¿Qué es el brillo sedoso de sus cabellos? Hidrocarburos alifáticos con algún que otro ciclano y gotas de un aceite esencial.

¿Y la sombra turbadora que rodea sus ojos? Polvo de carbón mezclado con ésteres de la glicerina.

¿Y el lindo arrebol de sus mejillas? Flavonas y xantonas en el mejor de los casos.

¿El rubí de sus labios? Tropeolina 00 con manteca de cacao.

¿El brillo nacarado de sus dientes? Perborato sódico.

¿Sus uñas desde el antiguo rosa pálido al rojo quisquilla de hoy? Solución etéreo-alcohólica de piroxilina y un poco de cochinilla, y perdonad la palabra que no es ofensiva aunque lo parezca.

En todo esto nada hay de camelo; personas tan respetables y de tanta garantía como nuestros cate-dráticos aquí presentes, os podrán decir si son o no exactas mis afirmaciones.

Pues bien; terminado el análisis químico de una mujercita tipo 1942, quiero afirmar solemnemente que aunque no existiera la Química, o no hubiera pasado de los balbuceos de Basilio Valentino, Geber, Arnaldo de Vilanova y sus compinches del medievo; aunque no hubieran nacido los Gal, Coty y Dhorys que adornan vuestros rostros y esquilman nuestros bolsillos, vos, reina y señora nuestra, por la gracia de Dios y por vuestra gracia, seríais como sois: bella de cuerpo y espíritu. ¡Que os conservéis así siempre!

J. Mateo.

LA MUJER VISTA POR LOS ABOGADOS

LEY QUE PROPONE EL CONGRESO DE LOS ABOGADOS ANTE EL PARLAMENTO DE LAS DAMAS

Señoras: Por mal entender y mal aprender, se ha tachado a los abogados de vulgares charlatanes, huecos. Ofendidos y molestos, venimos hoy ante este parlamento, con una proposición de ley que demostrará lo contrario. Y que si hemos sido citados a debate, no por eso vamos a negar nuestros derechos y a decir, a nuestro parecer, cómo debe de ser una dama.

Que diremos a nuestro parecer
cómo debe de ser una mujer.

Para lo cual citamos la presente

LEY

Artículo 1.º La mujer debe ser ante todo... eso, claro, mujer.

Decidimos que ante todo debe ser
antes y más que nada, eso: mujer.

Artículo 2.º Que no se pinte tanto que se nos olvide cómo era su cara de verdad.

Y que cuide de no pintarse mucho
y que más que mujer parezca un chucho.

Artículo 3.º Que no pretenda, ahuecando la voz y andando a bandazos como un barco, acercarse a Adán, que Eva siempre será Eva, aunque quiera disimularlo. Que no huela a cock-tail, a tabaco rubio ni a crema de cacao.

Por Dios, que huela a rosas, bien está,
pero a cock-tailes y a tabaco no.
Que aunque lo disimule, Eva será,
mujer, que para ser mujer nació.

Artículo 4.º Que no ande tanto por las terrazas de los
café que tome color de silla de paja o de vermuht.

Cuida, nena, de ser tú
linda, mas... sin zarandajas,
tan feo es, por Belcebú,
color de sillas de pajas
como color de vermuth.

Artículo 5.º Que sea morenita, porque hoy con los
adelantos de la química ya no puede fiarse uno.

Niña idolatrada,
tengo un pensamiento,
tu trenza dorada
¿es de nacimiento,
o es... oxigenada?

Artículo 6.º Nos gustan las mujeres pequeñitas, por
que del mal, el menos. Nos gustan las mujeres que
no tengan las manos luengas, por si acaso.

Luenga no de manos, corta de estatura,
ese es nuestro espejo de la su figura.

Artículo 7.º Que se baje de esos zapatitos, no vaya a
caerse.

¿Por qué darse malos ratos
por subir un poco más?
¡Bájate que te caerás!
¡Te pareces a los patos!
¡Porque nunca nos harás
creer que son dos zapatos
los tarugos en que vas!

Artículo 8.º Que no sea leona ¡Y que no coma cacahueses!

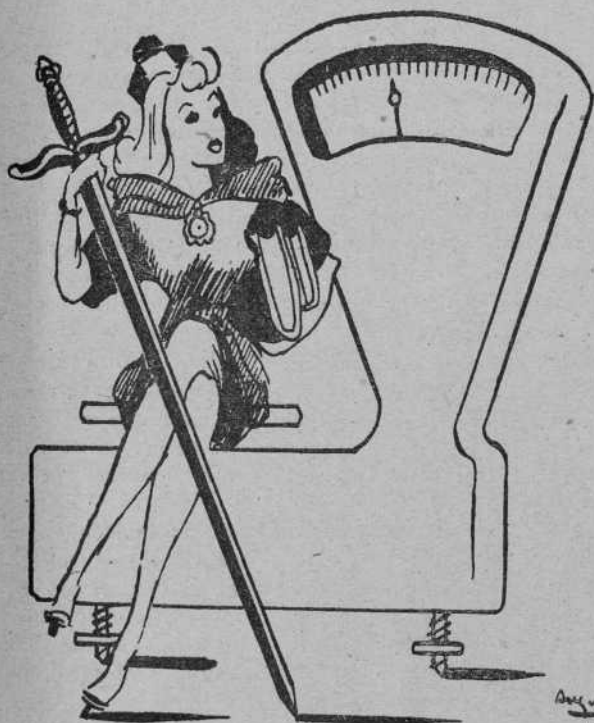
Bien está que sea mona,
pero caramba, no tanto,
que coma los cacahueses
a puñados.

Artículo 9.º La mujer que esas condiciones no reúna,

que no sea esclava de la moda, que es un modo muy feo de no ser esclava del marido, cuando hay otros mil para no serlo (sonrisas, quitarse las gafas para el sol, no ponerse vendas en el tobillo); que tenga los pies no precisamente mayores que cañamones; que no chille; que no se asuste de las cucarachas... esa es la mujer que ponemos nosotros a votación ante el discreto parlamento de las damas. Pero haciendo una previa advertencia, y es

que a pesar de los modos y de las modas, a nuestra Facultad, le gustan todas...

Firmado: *El congreso de los abogados.*



Augusto
42

LA MUJER VISTA POR LOS LICENCIADOS EN FILOSOFÍA Y LETRAS

A MANERA DE PRÓLOGO

*De dicho de abugau
y consejo de mujer
no te digo que hagas caso
pero ten mucho cuidiáu.*

(Baturradica).

Peligrosa y difícil es la tarea de calificar a la mujer.

Si en cualquiera de sus facetas es digna del mayor encomio, lo es a su vez de crítica, aunque no deba pasar nunca esa crítica de reconvención cariñosa. ¡No en balde es el sexo débil! Jamás pudo sentirse tan solo y asustado un estudiante ante la taréa de calificar con imparcialidad a esa personilla que llamamos La MUJER ESTUDIANTE, digna compañera de fatigas nuestras.

Cogí el lápiz, lo mordí diez veces y... después de escribir un ratillo, ni un elogio, ni una crítica resultó aquello. ¿Qué diréis que me salió? Pasmaos; me salió... algo así como una COMEDIA GRIEGA. Francamente no sé si ello es debido a la tensión de estos exámenes, que predisponen el espíritu para no ver más que cosas relacionadas con ellos, o ha sido el peso sobre mí de cuarenta compañeras, lo que templea mis nervios y agota mi cacumen.

Así, pues, dejemos que hablen los griegos en el siglo V antes de nuestro Señor para ver que en el XX, salvo que la mujer lleva gafas ahumadas, monta en bicicleta, lleva zapatos de cuña y se examina de Numismática y cosas chocantes..., es, fué y será lo mismo siempre: LA CUNA, LA VIDA Y LA MUERTE del hombre, llámese Julio César llámese Goethe.

COMEDIA ANACRÓNICA CORTITA PARA NO MOLESTAR

PERSONAJES Y PERSONAJAS

SÓCRATES, solo.

ARISTÓFANES, con nueve amigotes.

Vendedoras de higos y de pescado.

LISANDRA, la intelectual.

15 kilos de sardinas frescas.

CORO DE ANCIANOS.

Es de día, las once de la mañana del mes de Abril de 450 antes de nuestro Señor.

Nos hallamos en Atenas, un suave vientecillo enturbia de vez en cuando el celeste azul del ágora. El Himeto destila nubecillas que pasan a grandes zancadas sobre la acrópolis y se pierden confundidas allá en la lejanía con las humaredas de las hogueras de la costa de Salamina.

Sócrates está solo. Su alma vuela somnolienta. Sentado en el estilobato bajo el pórtico se recuesta en una columna.

La plaza está llena, las dulces pescadoras muestran sus mercancías en banastas y cestillos de mimbre. Un olor a pajarillos fritos hace recordar a Lacedemonia. Cántaras de vino, platos, lozas, sillas de esparto, lápidas, cebollas y ajos todo en confusión hacen recordar al comprador. Allá al fondo una mujer pregona «Higos del Pentélico»; más cerca otra a grito pelado chilla «Sardinas frescas del Falero»; mientras otra, en el puesto, atiende a los parroquianos, es decir, exactamente lo mismo que el *Campillo* por la mañana, salvo el guardia de la porra y el cieguito de los iguales.

La sardinera del Falero de vez en cuando, curiosa,

vuelve los ojos hacia nuestro filósofo; cuchicheando vierte al oído de la ayudanta «Hoy a Sócrates le ha ido mal...; su mujer, que es una guindilla, siempre le habrá dicho tres verdades picantes: que es vago, que es feo y que es viejo. Porque, amiga Kalonice, aunque su mujer hable mejor que el oráculo de Delfos, es más insufrible que la letra de un tango argentino».

Sócrates, al que ha llegado en brazos del viento el silabeo de las comadres, sonrío indulgente; él cree que los 950 gramos de cerebro femenino (¿es así, señores Médicos?) jamás podrán comprender una sonrisa de su fea cara y... sonrío.

Por la calle tortuosa que se enfrenta con la fuente un griterío ronco que se va perfilando con la aproximación... se acerca.

Sócrates deja de jugar con las hilachas de su deshilachado atuendo. Mira y ve.

Un lucido cortejo desemboca, se para junto a la fuente; el blanco y el púrpura de peplos y clámides tejen banderas en el aire. Siete o nueve jóvenes rodean una figura delgada.

Una voz aguda y armoniosa exclama: ¿Creéis perfecta la comedia, amigos míos?

¡Por Jason, contesta el coro, no fueron tales las de Eurípides!

Por Zeus, repite la voz aguda y armoniosa. No me comparéis con ese comedor de raíces (es peor que el tabaco de 0,60).

Avanza más el grupo. Sócrates vuelve a mirar. Ya están cerca. Se paran.

La voz armoniosa y aguda vuelve a sonar rasgando el céfiro (¡qué imágenes!).

Por Apolo, Sócrates sosteniendo el pórtico.

¿Qué dice el polemarcha del ágora?

¿Acaso te interesan las bellas pescadoras?

SÓCRATES.— ¡Qué bulliciosa es esa joven, Aristófanes!
¿Una nueva Lisistrata o algún engendro de tu cerebro cretináceo?

ARISTÓFANES.—¿Insultas, por Zeus, Sócrates? ¿Acaso es ofensa la contemplación de la belleza y juventud femenina? ¿Hay algo comparable a tal delectación? ¿Acaso no te mueven la exquisitez, la suavidad y la ternura? ¿No te dicen nada las puras líneas de las diosas? ¿No es perfección todo en la mujer? Y por mis barbas que bien haces en venir al ágora ahora que los gineceos parece se han trasladado a esta magnífica plaza. Tal es la afluencia de gente.



SÓCRATES.—Bien veo, joven Aristófanes, tu juventud cuando tal dices de las mujeres. ¿En dónde, desdichado, encuentras belleza en la mujer? ¿Acaso su cuerpo es acompasado? ¿Acaso sus músculos son tan duros y elásticos como los del corredor de Maratón? ¿Acaso su rostro no tiene imperfecciones? ¿Acaso su frente no sirve más que para sostener el pelo, 12 horquillas y 100 óbolos de sombrero? ¿Crees acaso que chispazos de ingenio es talento?

ARISTÓFANES.—Pues en más de una ocasión tu mujer te ha sacado de apuros por tu manía de sermonear a los atenienses y diciendo ella que estás chiflado

ha dicho la mejor peroración que oyeron todos los Jonios.

SÓCRATES.—¡Oh!, hombre inculto; nada más que disgustos encontrarás en la mujer. Si llegas tarde, te dará de escobazos. Si dices que es de día, si ella que de noche, no lo dudes, es de noche. Si te equivocas, te dirá «no sé para qué dices que sabes tanto». Si la pides alguna prenda, te dirá «toma, inútil». Si te retrasas dos minutos en una cita, o te amarga la tarde o se vuelve a casa. Si tienes que llegar a tiempo a las carreras de cuadrigas, en componerse y retorcarse no ves sino el fin. Si la dices una terneza, te dirá que no eres sincero; y si se muestra agradable, no lo dudes, 30 óbolos te costarán las medias. Aparta de delante, vete y se purificará el aire.

ARISTÓFANES.—¡Por Castor y Polux!, Sócrates, muy mal debes de haber dormido esta noche para decir tales cosas; pues prescindiendo de lo bello, ¿dónde encontrarás alegría a la tristeza del vivir si no en la la mujer? ¿Dónde encontrarás palabras alentadoras? ¿Dónde el cariño y la verdad si no en la mujer? ¿Quién velará la herida o enfermedad si no la mujer? Día llegará, por mi vida, en que veamos a la mujer no en el gineceo, ágora o procesión, sino en el Areópago sentada al lado de los viejos y que vayan a la academia y al gimnasio. Y entonces...

SÓCRATES.—Muy digno. No concedo a la mujer más importancia que su obligación de dar hombres, que son lo útil, lo lógico y lo bello. ¿Acaso un ente femenino puede comprender lo inmanente de la idea, el *nous*, el alma, la razón, la esencia y... el parachutismo, que también suena muy bien?

ARISTÓFANES.—¡Caramba!, si pareces a Borrás. ¿Será posible que te preocupe tal fárrago de dicciones? Yo sólo sé que si hay que reír con alegría, hay que reír con la mujer; si llorar con tristeza, hay que llorar con la mujer. Hasta ponerte un botón, ¿quién te lo pegaría ¡oh, Sócrates! si no la mujer?

SÓCRATES.—Por Latona, Aristófanés, vete de una vez; has dicho más necedades que la propia mujer. ¿Crees

tú acaso que un hombre no guisaría, plancharía, lavaría y cosería?... Te digo que sólo el hombre emplea a la mujer por comodidad. Y luego, ¿dónde está la razón y la prudencia en la mujer? Si la temeraria Elena hubiera sido juiciosa, ¿crees tú que no se habrían evitado las guerras de Ilión y sus calamidades? Digo que casi sobra la mujer.

ARISTÓFANES.—Sí que me voy, por Apolo. ¡Oh, Sócrates!; si preguntas uno por uno a los atenienses te dirán que nada puede compararse a la mujer, que es un don del cielo y que cuanto más voluble tanto más graciosa está. ¡Por Caronte!, qué veo... Unas gafas... pelo ensortijado... hombros cuadrados... zapatos de cuña... ¡Cielos, Lisandra la intelectual!

TODOS.—Buenas tardes, Lisandra.

LISANDRA.—Hola, varones atenienses. ¿Qué ocurre en el ágora, hay fuego tal vez, que se oyen las voces desde el Cefiso?

ARISTÓFANES.—Aquí, Sócrates, me dice que la mujer es un ente vulgar y hasta digno de conmiseración; por lo visto no ha leído ni a Berta Rutch ni a Pérez y Pérez.

LISANDRA.—¿Será posible que tú ¡Oh, Sócrates! no compartas conmigo que la mujer es digna de saber y conocer el razonamiento sutil de Anaximandro al tiempo de remendar un calcetín? ¿Te espantas que envidie a Elena, que encendió las guerras de Troya, cuando pudo saber con ellas de nuevas tierras y gentes? ¿Acaso Penélope mientras tejía y destejía no sabía de música y aprendía geografía para saber por dónde se hallaba su esposo? ¿Acaso Aspasia no sabe de la belleza cuando hace poco ha saludado en su taller al divino Fidias? ¿No es bonito saber que historia es la sucesión sucesiva de los sucesos sucedidos sucesivamente en la sucesión de los tiempos? Vámonos todos. Sócrates habla así porque es viejo y feo. (Vanse todos).

SÓCRATES.—(Solo). Por Zeus. Dudo ya. ¿Será posible que tenga la mujer tantas perfecciones? ¿Acaso mi

senectud me priva de saborear la conversación de la mujer? No sé, no paso a razonar si es o no importante la mujer. Aquí tengo el coro de ancianos, a ver si ellos me consuelan. ¿Cómo creéis que debe ser la mujer, oh, gerontes atenienses?

EL CORO DE ANCIANOS.—¿Has comparado tú el murmullo de la fuente con el refr de la mujer? ¿Cuál es más claro?

SÓCRATES.—El de la mujer, ¿quién lo duda?

CORO.—¿Has comparado tú el susurro del aire con el suspiro de la mujer? ¿Cuál es más grato?

SÓCRATES.—El de la mujer.

CORO.—¿Has comparado tú el sol y las estrellas a unos ojos de mujer? ¿Cuál son más puros sus reflejos?

SÓCRATES.—Los de la mujer, ciertamente.

CORO.—Aun cuando Atenea no fuera la maravilla de Fidias, ¿dejarías de ver en ella nuestra bienhechora? Y es mujer.

SÓCRATES.—Cielos, ¿qué oigo? Es verdad.

CORO.—¿Acaso Palas no es diosa de la sabiduría? Y es mujer.

(Sócrates ha callado).

CORO.—Sí, Sócrates. Si la mujer, digamos todos a una, tiene que ser como es, inconstante y firme, blanda y altiva, graciosa y dura, alegre y triste, dulce y seca (como el anís), suave y fría, alta y baja, morena y rubia, bonita y fea, todas han de tener de todo. Sólo debemos aspirar los hombres a que siempre parezcan CAMPANILLAS Y NO CENCERROS.

Hoy 30 de Mayo de 1942.

Rafael Payo.

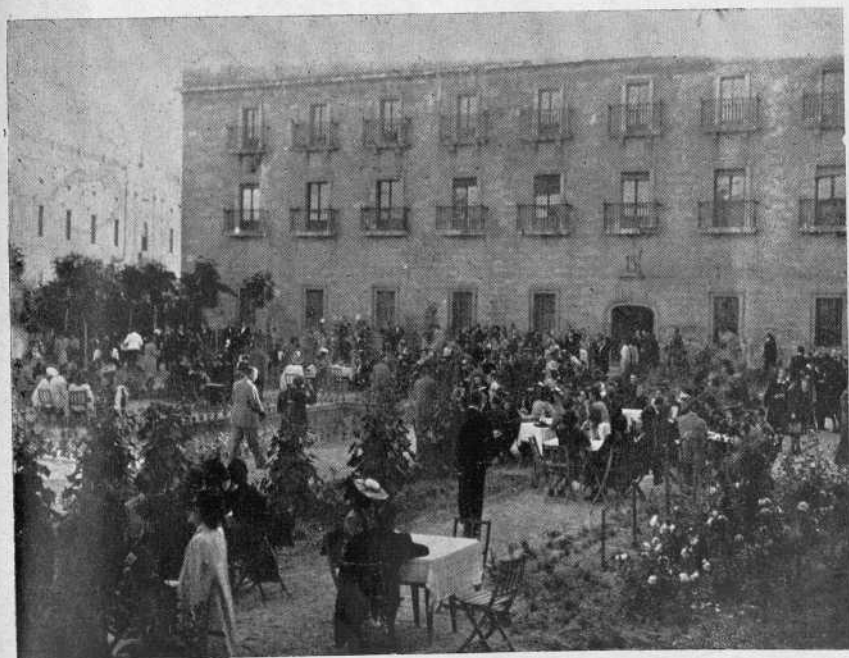


LÁM. I.—Srta. Rosario Fernández Fidalgo, de la Facultad de Filosofía y Letras, elegida reina de los Licenciados del curso 1941-42



LÁM. II.--Antonio Iglesias, ejecutando su magnífico concierto

a)



LÁM. III.—a) Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras parodiando un drama feudal. b) Aspecto del jardín de Santa Cruz durante la merienda

